

Samuel Fortes es un arquitecto que lleva 12 años ejerciendo la profesión. Ha obtenido la mención especial del jurado a la mejor obra privada en el XVI Premio de Arquitectura del COAH por el aula de recepción del Dolmen de Soto, en Trigueros. De ella, el jurado valoró su acertada implantación y la capacidad de integración de la nueva volumetría en su entorno.



Samuel Fortes

Arquitectura actual y sociedad

El Socializar la arquitectura, introducirla en el saber cotidiano de la gente. Esa bondadosa declaración de intenciones es la que lanzaba mi compañero Curro Vallejo en el escrito que inauguraba la Sección.

¿Y por qué es tan difícil? ¿Por qué la calle sigue sin valorar la arquitectura actual (no digo ya de autor, esos sí son valorados por todos por sus grandes escenografías) como señal identitaria de nuestro tiempo? ¿Por qué se sigue valorando un edificio actual de estética mimética con lo clásico, y no se valoran los realizados con nuevas técnicas y sobre todo texturas en nuestras ciudades?

Se me ocurren multitud de motivos. Pero no es un problema nuevo, existe desde que confluyen los agentes del proyecto y la sociedad crítica, por tratarse de un arte habitable. La película "The Fountainhead" - El Manantial -, de 1949, del director King Vidor, ejemplificaba el asunto con un arquitecto incorruptible, de alma pura, comprometido con sus ideas, y un promotor que le acabó utilizando pero que nunca lo consiguió adocenar. Es un problema pretérito en el tiempo, actualizado a cotas inimaginables en la época actual.

La pintura, escultura y otras artes tienen un consumo social reducido, en cuanto a que quién la valora, utiliza y finalmente critica son ese grupo mínimo dedicado a su creación, exposición y venta. La arquitectura, en cambio, por ser un arte - porque a pesar de su carácter técnico, no renuncia de ello - habitable y utilizable, es mucho más cuestionada por cualquier persona de la calle, aunque ésta no haya sabido nunca lo que es un "piano nobile", una razón aurea compositiva o un elemento tan simple como un arbotante. No es mi intención reducir el ámbito de influencia de un proyecto o una obra arquitectónica a expertos en la materia - llámese historiadores de arte, arquitectos, artistas y autodidactas -, sino más bien al contrario, hacer participar a la sociedad de ese proyecto o esa obra.

El esfuerzo y la labor de los arquitectos es el de difundir por todos los cauces posibles, como charlas, exposiciones, publicaciones, programas, incluso en artículos de opinión como éste, obras y proyectos, tendencias, historia de la arquitectura, teorías de la arquitectura, símbolos o incluso pequeñas nociones que ayuden a la mejor comprensión de la labor del arquitecto. Para ello es necesario no escribir con un lenguaje marcadamente técnico (para eso tenemos nuestras propias revistas de arquitectura), introducir conceptos asequibles para la mayoría, sin mediatizarla con críticas sin juicio ni argumentos, y, sobre todo, exponerla y enseñarla.

Recuerdo cierta ocasión que leí de un "afamado crítico" y columnista de Huelva, que le parecía la mejor obra de arquitectura de Huelva el Edificio Rajisa en la Avenida de Alemania y Calle Cala. Imagínense ustedes que a los pobladores del Barroco les volviéramos a construir viviendas romanas o griegas. Comprenderán que la adaptación e interpretación del Renacimiento y el Barroco de los órdenes clásicos no tenían nada que ver en escala, alturas, materiales y soluciones constructivas a los de aquella época. Sin ánimo de ofensa, muchos de mis compañeros luchan y trabajan día a día por conseguir esa imagen actual adaptada al momento que demandando en mi escrito.

En esta línea, un día de cháchara con un amigo al que le atribuyo grandes facultades intelectuales y culturales, me decía en tono de broma "a mí me gusta tu arquitectura pero no pega en la calle", a lo que yo le contestaba en el mismo tono que "lo que no pega es el resto de la calle". La sociedad se ha adocenado a no ver más allá del clásico edificio ofertado por todos, sin una reflexión de que hay algo más, más actual, más novedoso, más funcional y más adaptado a las necesidades. Y lo que es más importante, muy probablemente más económico.

Lo construido que posea el valor de lo histórico por su estilo, materiales, elementos estructurales, escala, y demás parámetros arquitectónicos, ya tiene ese interés sustancial e intrínseco por el paso del tiempo. Es erróneo volver a imitar viejos estilos cuanto menos si los materiales, técnicas y programas demandados son totalmente distintos. Siempre existe la posibilidad de realizar una interpretación actual de estos estilos, pero alejada sustancialmente de la mera mimesis.

Álvaro Siza dice que "la arquitectura es la capacidad material de crear espacios en un medio urbano o un entorno natural". Esos espacios, urbanos sobre todo, han cambiado sobremanera de la era clásica a nuestros días. Las escalas de las calles, las necesidades y programas de viviendas y edificios públicos, los modos de vida, todo ello es radicalmente distinto ahora. ¿Por qué entonces utilizar los mismos cánones, pautas o cadencias estéticas que entonces?

En una entrevista en la televisión, oía a Hernández Pezzi comentar que la mejor arquitectura actualmente se hace en la vivienda social. Esta reflexión tiene su lógica. La administración confía al arquitecto la resolución del proyecto adaptado al presupuesto existente. Y el arquitecto trabaja con la tranquilidad necesaria (casi nunca suficiente) para encajar el programa, aprovechando sus conocimientos base, unido al que tiene de los materiales, sistemas constructivos y tecnología actual. En cambio, en la promoción privada de viviendas - en muchos de los casos -, el proceso va unido a unos intereses particulares y a un balance de beneficios que suele derivar en último término en la falta de calidad de estos materiales y soluciones constructivas, incluso - en los casos más graves - en la inhabitabilidad de las viviendas.

No voy a negar que también el arquitecto, o muchos arquitectos hayan hipotecado esa calidad de arquitectura por su propio balance de beneficios, de pingües beneficios en algunos casos. Pero si no exceptuamos los casos no podemos reflexionar sobre "el fin del saber para la consecución del arte". No escribo, por ello, en nombre de un colectivo, si no en el de los compañeros



comprometidos con la nobleza y el arte de la profesión.

La arquitectura es el arte capaz de aglutinar las distintas disciplinas en una única obra, además es materia, luz, espacio, recorrido, texturas, objetos, ausencias. Es necesario para la consecución de esa obra un estudio pausado del proyecto, incompatible con las actividades privadas vinculadas a la profesión en los últimos tiempos. La crisis que sufre esta sección de la arquitectura será bienvenida en cuanto a la reflexión y al tiempo dedicado al proyecto, que redundará en un nuevo ciclo de mayor calidad, y a la vez, en un reciclaje en la profesionalización de los agentes intervinientes.

Conseguir una buena calidad en la arquitectura, y, sobre todo, en la vivienda, socializar esa arquitectura es labor de todos. La desprofesionalización y falta de formación que sufre la sociedad actual en todos sus ámbitos se enfatiza aún más en la arquitectura, en todos sus agentes, incluyendo críticos. Desde el respeto profesional, la formación continua social y la conciencia política (esto será más difícil) se puede y se debe mejorar la arquitectura, la ciudad y la cultura social. La mayoría de los arquitectos tenemos capacidad suficiente para aprovechar las técnicas presentes para dar soluciones adaptadas a nuestra época. Sólo falta que se entienda, que se respete y que se valore, y esto se consigue desde la humildad, el interés y la formación.

